

LA PRIMERA PALABRA Y LA ÚLTIMA PALABRA¹

José María Prieto Soler. Universidad de Sevilla

Usamos palabras, desde los primeros intentos en el balbuceo inicial hasta el balbuceo final. Partimos de unos sonidos ininteligibles y acabamos poco a poco en otros. La vida se desarrolla alrededor del trato con la palabra, van saliendo, desarrollándose, extinguiéndose. “¿Qué leéis, mi señor? Palabras, palabras, palabras”. Las escribimos, al principio salen garabatos, después vamos mejorando la letra, menos los médicos, no sé por qué, poco a poco se va descomponiendo hasta terminar en palotes. Con esas palabras y letras intentamos expresar ideas, inicialmente desdibujadas, inconexas, incompletas; después se van haciendo más precisas, e incluso alguien propuso que deberían ser claras y distintas; no parece que se le haya hecho mucho caso. Cuando las fuerzas decaen, también se aflojan las cuerdas que atan los elementos de las ideas, y en fragmentos, como un valioso jarrón roto, ruedan y recuerdan de refilón que hubo un momento de esplendor. Cuando al final de su vida el puntual profesor de Kaliningrado quiso esbozar una *Filosofía en su exposición completa* que podemos medio leer en el llamado *Opus postumum* mezcló “el espacio en que centellean las estrellas no es una cosa existente fuera de mí, sino una representación que es eficiente por sí misma” con una referencia a “pesada hinchazón en la boca del estómago, como una piedra”, efecto posiblemente de una ingesta excesiva de abadejos bálticos, acompañados de vino portugués, café y tabaco. Carece de interés general mencionar aquí mis dolencias y debilidades gastronómicas, pero desde luego puestos a escoger prefiero una acedia de Sanlúcar a un abadejo del Báltico. No todas las palabras e ideas dichas a lo largo de una vida tienen el mismo significado, sin embargo nos sentimos con frecuencia arrastrados hacia una *philosophia perennis*, ante la imposibilidad de abarcar en el ahora pensante la totalidad de la historia y también movidos por el peligroso pedagogismo. Nos lo advertía el filósofo jardinero: “Hombre feliz, huye a velas desplegadas de cualquier *paideia*”, y siglos después desde la Cabaña: “Tres peligros son una amenaza para el pensar... el peligro malo, el peligro confuso, es el filosofar”

Cuando la palabra se hace reflexiva y aspira a fundamentarse tomamos decisiones sobre ellas y sobre las ideas que queremos expresar. Cuando vamos a fijarlas en escritura nos enfrentamos al papel en blanco o a la pantalla vacía del

1 El texto que sigue corresponde a la lección impartida por el Profesor Emérito de la Universidad de Sevilla José María Prieto en *Las lecciones suspendidas. Jornadas de homenaje a antiguos Profesores de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla* el 14 de abril de 2010. Sirva también como homenaje tributado por todo el equipo que realiza *Thémata, Revista de Filosofía*, al entrañable maestro que tantas enseñanza nos dio, da y seguirá dando a sus compañeros de departamento.

monitor. Este momento hace recordar la soledad del portero ante el penalti. ¿Cómo poner la primera palabra, la primera idea, que incluya ya la última como cierre y conclusión? “¿Por dónde empezaremos?”, leemos en el *Parménides*. Vacilaciones, correcciones, enmiendas se producen hasta conseguir la expresión deseada. En el arte antiguo, se llamaban arrepentimientos, en italiano *pentimenti*, incluyendo un matiz moral de mala acción. Da la impresión de que los artistas modernos no se arrepienten de nada. El escribiente da muchas vueltas en torno a lo que quiere decir y en el peor de los casos para eso está la papelera. A veces cuando estamos leyendo algo no convincente, nos gustaría que el autor hubiera sentido algún arrepentimiento y hubiera desistido de seguir en su momento.

¿Cuándo sobreviene la primera palabra, la primera idea? ¿Qué significa ese *primun*, eso primario, originario y qué vinculación tiene con lo que vendrá después? ¿Qué grado de integración tiene cada parte del desarrollo en el arranque, en qué medida cada parte hace referencia al inicio y se mantiene en una aceptable coherencia? ¿Lo hemos dicho ya todo en la primera palabra?

Si en algunas artes se conocen casos de niños prodigio, en filosofía no se ha dado el caso. Si tenemos todos recuerdos de estudiantes espléndidos que han avanzado con más rapidez. En algún momento de la adolescencia o de la primera juventud se ha presentado una inclinación hacia la filosofía, y con ella algún barrunto de pensamiento, alguna proximidad a determinadas cuestiones o alguna querencia hacia algún enfoque. Es un largo y a veces tortuoso e incluso penoso camino de selección y elección. Si en la naturaleza la evolución de las especies está sometida a coyunturas accidentales, a riesgos imprevistos y a dificultades sin límite, el sacar a flote la idea no corre menos vicisitudes, e inclusive es un proceso más intenso porque ocurre en los límites temporales de una vida. Nadie de pronto se ha puesto a componer su sistema de filosofía de un tirón, como escribiendo al dictado de un espíritu inspirador, los pasos, detalles y entresijos de su teoría. A todos los sistemas, por muy detallados que se hayan descrito, les falta o les sobra algo. Gracias a esta inconclusión, a esta falta de cierre total, la filosofía continúa y algunos vivimos de ella. Estaríamos hace tiempo en el paro si alguno de nuestros excelsos predecesores hubieran alcanzado la excelencia total.

En esta lucha interminable con palabras e ideas, hay que tomar decisiones, seguir un camino u otro, dejar un planteamiento para seguir otro, elegir entre posibles. Es una tarea arriesgada, en especial en los momentos iniciales, porque como dice la frase del Filósofo, recordada por el de Aquinas, “pequeño error al principio es grande al final”, es decir, de cómo sea la primera palabra depende cómo vaya a resultar la última.

¿Cuándo se produce la decisión, cómo es, qué efecto produce? Se habla de momentos privilegiados, de circunstancias especiales que ponen en marcha las palabras y las ideas. Esa comprensión inicial de algo brota del fondo personal de sí mismo, del temperamento, del carácter, de la sensibilidad, de la voluntad y la inteligencia, de la propia personalidad, inmersas en una cultura y en un ambiente. ¿Está todo ya decidido y contenido en la idea nuclear?

Señalo algunos momentos. De múltiples formas lo que se mueve y lo que permanece, lo mismo y lo otro, atrajo al pensamiento antiguo y nunca ha dejado de fascinar a los hombres de todas las culturas y de todos los tiempos, constituyendo la puesta en marcha de muchas filosofías y de expresiones de gloria o tristeza. Se produjo un cambio motivado por un hecho: el haber conocido a uno de los atenienses más feos, como un sileno o un sátiro, despertó en Platón toda una larga serie de pensamientos en los que en parte nos apoyamos todavía. Otros después leyeron en su *Parménides* y comentaron exhaustivamente frases como: “—Empecemos, pues —dijo Parménides—. Si el Uno es, ¿podría ser muchos?”, y siguieron leyendo que “haya un Uno o no lo haya, él y los otros, con respecto a sí mismo y en sus relaciones mutuas, son absolutamente todo y no lo son, parecen serlo y no lo parecen. —Verdaderamente es así.”, y desde entonces un cúmulo de intuiciones sobre intuiciones abrieron el camino de lo que llamamos neoplatonismo, aún vivo. Se parte de una visión nuclear: un punto más allá de cualquier determinación, ni ser, ser sin ser, más allá del ser, algo más que divino, tinieblas más que luminosas, decía el Pseudodionisio, y que por su intensidad y densidad (“sólo el Uno reza”, en expresión de Proclo) estalla en un proceso o *proódos* y se recupera en un retorno o *epistrophé*. Esta idea ha fascinado desde Plotino y Proclo hasta hoy, véase *Cómo no hablar*, de Derrida. Cuesta comprender la pervivencia y transformaciones del esquema neoplatónico, presente desde el Eriúgena o la *Summa* de Tomás hasta la *Fenomenología del espíritu* y más acá. A veces se tiene la impresión de que no hemos salido del neoplatonismo, como tampoco hemos conseguido salir de esa derivación del neoplatonismo que es el romanticismo. Me alegra mucho que Jesús de Garay haya tomado este tema entre sus investigaciones. Sólo algunos intentos parecen abrir otras posibilidades para el futuro, fuera del esquema circular, del pensamiento en danza inteligible sobre sí.

Me referiré a otra escena en otro momento. Alguien acompañado por su madre, apoyados sobre una ventana en el puerto de Ostia Tiberina, recorrían “gradualmente todos los seres corpóreos hasta el mismo cielo... y subíamos todavía más arriba... a fin de llegar a la región de la abundancia indeficiente... sin que haya en ella fue ni será, sino sólo es... y llegamos a tocarla un poco con el ímpetu de nuestro corazón”, y así de esta experiencia fue saliendo el pensamiento agustiniano.

A veces también en el estado de prisionero o desterrado brota el impulso para iniciar el pensamiento desde una melancolía consoladora; aunque lejos de su “hermosa biblioteca decorada con vidrios y marfil, “parecióme que sobre mi cabeza se erguía la figura de una mujer de sereno y majestuoso rostro, de ojos de fuego, penetrantes...”, es la filosofía que trae el consuelo levantando el problema: “es que tú no sabes quién eres”.

También la noche despierta el anhelo que trae la nueva idea: el monje en la Abadía de Bec no podía dormir aquella noche, de súbito: “lo que buscaba se manifestó a su inteligencia”, al fin, después de acercamientos y rehuidas, desesperanzas y aproximaciones, “en el propio conflicto de pensamiento se mostró de tal manera lo que ya desesperaba de encontrar, que abracé con pasión el

pensamiento que aturdido rechazaba”: el ser mayor que el cual nada puede ser pensado fue pensado de pronto. Desde luego no tan de pronto si se ha estudiado a Platón y Séneca, por eso en los textos hay que prescindir en general de las retóricas idealizadoras.

Recordemos ahora a la Profetisa del Rin, ese verdor de las orillas y de las praderas del caudaloso y mitológico río fue la impresión que cautivó a Hildegard von Bingen, la *viriditas*, el verdor era el principio de la vida que surgía por doquier como una explosión exultante de lo divino, y así su sorprendente y audaz música asciende del verdor terrestre a las verdes praderas del Edén. Heredera y continuadora del mejor neoplatonismo la mística especulativa medieval continuó la búsqueda de un absoluto sin ser, la intensidad de la nada, la tiniebla, el abismo indecible más allá de cualquier fundamento, el fundamento sin fundamento.

Más tarde, en noviembre de 1438, nos encontramos con un germánico Cardenal en aquel frágil barco que de Atenas a Venecia, en compañía de Gemistos Plethon y Basilio Bessarion, llevaba una carga de más de 800 manuscritos griegos y bizantinos que aún reposan en la Biblioteca Marciana. Nicolás contemplaba la infinitud del mar y la finitud del límite en el horizonte ensamblando el cielo y la tierra, la conciliación de los contrarios en el infinito se presentaba ahí, la unión finita de la infinitud del cielo y la tierra, la presencia de lo infinito en lo finito se hacía pensamiento, esa misma conciliación de los arcos entrecruzados del claustro del Hospital de San Nicolás que él mismo diseñó en su Kues, en su Cusa natal, a orillas del Mosela, donde quiso que descansara su corazón, en Roma el cuerpo.

Demos otro salto. Aquellos jóvenes del *Tübinger Stift*, del Seminario de Tubinga, querían cambiar el mundo y lo dijeron pronto y claro. A mediados de 1796 escribieron, los tres o alguno de ellos, unas hojas que hoy llamamos “El más antiguo Programa de Sistema del Idealismo alemán”. Hegel y Hölderlin tenían 26 años, Schelling, 21. En 33 líneas, está incoativamente presente todo. Entresacamos algunas frases: “Naturalmente, la primera idea es la concepción de sí mismo como un ser absolutamente libre”, “solo lo que es objeto de la libertad se llama idea”, “absoluta libertad de todos los espíritus que llevan en sí un mundo intelectual, y que no han de buscar fuera de sí ni Dios ni inmortalidad”, “el acto más elevado de la razón... es un acto poético, y verdad y bondad sólo están hermanadas en la belleza”, “el filósofo debe poseer tanta fuerza estética como el poeta... la filosofía del Espíritu es una filosofía estética”, “ya no hay filosofía, historia alguna, sólo la poesía sobrevivirá a todo el resto de las ciencias y de las artes”, “hemos de tener una mitología; esta mitología debe estar, empero, al servicio de la ideas, tiene que devenir mitología de la razón”, “deben, entonces, tenderse por fin la mano ilustrados y no ilustrados, la mitología ha de devenir filosófica para hacer razonable al pueblo, y la filosofía ha de devenir mitológica para hacer sensible a los filósofos... ¡reina por entonces la libertad general y la igualdad de los espíritus! —Un espíritu más elevado, enviado del cielo, debe fundar esta nueva religión, ella será la última, la mayor obra de la humanidad”. Casi no haría falta leerse todas las obras que vienen después desarrollando este

programa: las intuiciones básicas, llegadas desde distintos ámbitos, están ahí. Lo demás es *ripieno*, como dicen los italianos, el relleno.

No alargamos las referencias. En algún momento y por imprevisibles vías se producen una iluminación y un punto de atracción sobre el que girarán las decisiones y los desarrollos posteriores.

Por eso, habría que adelantarse a ese momento para una comprensión no sólo histórica sino metodológica: ¿qué es lo previo a lo previo? ¿dónde buscar y encontrar el no-pensamiento antes del pensamiento? No hay pensamiento y de pronto hay pensamiento. No hay nada y de pronto hay palabras y expresiones. ¿De dónde viene el cambio? ¿Qué ha pasado y por qué?

Bucear en lo previo es preguntarse: ¿Quién soy? Sigue teniendo vigencia la antigua recomendación délfica: Conócete a ti mismo, a la vez que se comprueba su continuado olvido. Es más fácil hablar de lo demás que de uno mismo. Saltar por encima por esto previo origina problemas y pone en riesgo la seguridad de la construcción posterior. Platón lo recordaba: “Una vida sin examen no tiene objeto vivirla para el hombre” (*Apología* 38a). No hay tarea más arriesgada e interminable. Goethe ya viejo y tal vez desengañado escribía estos versos: “Nadie puede conocerse a sí mismo, / ni de su yo mismo desprenderse; / más, no obstante, es conveniente / que intentemos diariamente, / aunque desde fuera parezca poco, clarificar/ lo que somos y lo que fuimos / lo que podemos y lo que pretendemos.” (*Gedichte. Nachlese. Zahme Xenien*, VII / de los libros VII-IX de las *Xenias Pacatas* o *Epigramas suaves*). Algunos pensadores han llamado la atención al respecto. Fichte escribió en la *Introducción a la teoría de la ciencia*, V: “qué clase de filósofo se elige, depende, según esto, de qué clase de hombre se es; pues, un sistema filosófico no es como un ajuar muerto, que se puede dejar o tomar, según nos plazca, sino que está animado por el alma del hombre que lo tiene”, y añadió “el supremo interés y el fundamento de todo interés restante es el *para nosotros mismos*. Así en el filósofo. No perder su yo en razonamiento sino retenerlo y afirmarlo, este es el interés que guía invisible todo su pensar”. En otro plano William James aludió a que los conceptos filosóficos son expresiones temperamentales del filósofo y de su época, de modo que la historia de la filosofía es una pugna entre temperamentos humanos. La centralidad del yo hace que su análisis sea el punto de arranque. Sin embargo llevadas las especulaciones filosóficas por su aspiración trascendental, la consideración efectiva del yo empírico en cuanto tal es con dificultad recuperable.

Para Arellano el proceso trascendental se inicia en la autoconciencia de la primera posición del ser. Este primer momento es el “encontrarse existiendo”, el acontecimiento absoluto en que se inicia el pensamiento trascendental. Pero el primer momento no es ese: la primera posición no surge cuando el pensante escribe “encontrarse existiendo” o “a las cosas mismas” o cualquiera otra proposición con pretensión absoluta. Esto es, el primer momento no es la primera palabra en la que ya está presente la última palabra, sino el yo que pre-piensa. El primer momento del pensamiento debe partir del análisis del yo-sí mismo que piensa la primera palabra.

La importancia de la autoclificación existencial se muestra en que es mencionada a lo largo de la historia, desde la *therapeia tes psychés*, el cuidado del alma de los griegos, pero se tropieza con los enigmas de la interioridad humana, ese *homo-abysus*, el abismo del hombre agustiniano, la impenetrabilidad, la profundidad del *cor*, del corazón, su incomprendibilidad.

Jaspers marca tres funciones de lo general en el pensamiento esclarecedor de la existencia: conducir al límite, la objetivación en lenguaje psicológico, lógico y metafísico y el pensamiento de una generalidad específica para la aclaración de la existencia a través de signos existenciales en que “se capta la libertad como la actividad de aquel ser cuyo ser depende de él mismo” (*Filosofía I*, p.406). Pero un planteamiento no intrahumano elimina la complejidad del sujeto empírico.

En el yo se encuentran muchos planos, el yo real, el ideal, el idealizado, el yo ante la autoridad, el público-oficial, el privado. ¿Cómo soy, cómo me gustaría ser, cómo actúo al exterior o al interior, cómo me presento? Esta diversidad de planos se manifiesta en una diversidad de rostros, incluso la pretensión de *philosophe masqué* —enmascarado, como el jinete— es ya un rostro tipificado. Zonas de la conciencia marcan territorios distintos: lo abierto, lo ciego, lo oculto, lo desconocido, que entran en relación con el otro que a su vez se manifiesta desde alguna zona. ¿Desde dónde se habla y hacia quién se habla? Los estudios de Jacques d’Hondt: *Hegel secret. Recherches sur les sources cachées de la pensée de Hegel*, muestran la dificultad de captar algunos aspectos de Hegel sin atender a las ocultaciones ante el republicanismo y la masonería.

El temor a la desnudez del alma atenaza. Sin embargo es la aclaración de sí la que pone en camino hacia la transparencia, provoca la caída de máscaras y roles, abriendo la posibilidad de ser sí mismo. Esa posibilidad permitirá la comprensión de sí y de los demás fuera de cualquier retórica o poderío. A ello se refería el Maestro Eckhardt cuando hablaba de *Gelâzenheit*, abandono, y *Abegescheidenheit*, desnudez.

Mónica Mexías, que pasó por nuestras aulas, lo expresó poéticamente: “Asomarse a cada cosa / descendiendo hasta su origen, escudriñar / los sueños de los que nunca duermen, descubrir / el deseo que precede a las intenciones, dejar / de fingir que no huimos de nosotros mismos, aceptar / que se ignora para qué sirve un hombre, vivir / a espaldas de la ilusión, vivir.”

Desbrozar esta maraña del yo interior es tarea casi imposible. Algunos lo han pretendido: *Confessiones* de Agustín es el intento de clarificación de la interioridad como paso previo a la especulación, el recorrido de la interioridad en su *status* empírico y en su relación constituyente con el mundo, ¿qué soy en conexión con lo que he sido y seré? Y Agustín elabora una interpretación aporética del yo concreto cuya existencia temporal no es solo duración (antes, ahora y después), sino también proyección (pasado, presente y futuro), y en especial emplazamiento (comienzo, camino y destino). Este planteamiento impregna todos sus escritos. Sucede a veces cuando leemos a un autor que no sabemos dónde está, desde dónde nos habla. Con Agustín siempre sabemos quién es y dónde está: esto soy yo. Tal vez por este motivo su presencia ha pasado por

los siglos, hasta hoy, y así la rastreamos en Rilke, Heidegger, Arendt, Lyotard, etc.

Los antiguos, en general, se dieron cuenta del problema y según expuso Foucault en *Tecnología del yo* la vinculación entre “conocerse a sí mismo” y “ocuparse de sí mismo” forman la *techné tou biou*, el arte de la vida, que se desarrolla con vistas a la clarificación de sí a través de *la melete*, *la meditatio*, y la *gymnasia o exercitatio*. De esta manera, la revelación del 2yo — en las expresiones autobiográficas y epistolarias, el examen de sí y de conciencia y la *askesis*, en la que a través de la asimilación de la verdad se llega a “estar preparado” (*paraskeuazo*) para una cierta claridad — es alcanzable en parte con dificultad por lo que vamos indicando y por las transferencias que se proyectan y cruzan, pues como dice Agustín “el hombre es muy inclinado a sospechar de otro lo que experimenta en sí” (*En.in Ps 118, XII, 4*). Si en el trabajo psicoanalítico se precisa previamente hacer el extenso análisis de larga duración llamado pedagógico, tal vez en una tarea de alto riesgo como la filosofía, si se quiere que se siga distinguiendo de otra cosa, tal vez sería interesante una propedéutica parecida, al girar en gran medida en torno del ser si mismo clarificado.

Al menos desde Descartes, y ya anticipado por el pensamiento anterior, el ser sí mismo es el concepto crucial de la civilización occidental, entendido como capacidad de juzgar para autodeterminarse, ser libre y actuar. La constitución del sí mismo se realiza en un entorno de condicionamientos psicológicos, psicovitales, sociales, económicos, históricos, culturales, espirituales, que hacen la travesía arriesgada. Para Dieter Henrich, con quien me parece recordar se ha relacionado Barrios, en su último libro *Denken und Selbstsein*, considera que el puzle fundamental de la subjetividad es que ser un sujeto de conocimiento y acción está constituido por tener una especie de autoconocimiento. Y una vez más se vuelve a decir que no parece que se pueda explicar en términos ordinarios, ya que cualquier autoatribución ya presupone una conciencia del sujeto al cual la atribución está siendo hecha. Esto lleva a pensar que el origen de nuestra autoconciencia parece siempre encerrado en sí para nosotros. Nosotros somos “vida consciente”, en la que normas y conflictos con esas normas interconexiónados provocan una complejidad que permite alguna comprensión de la subjetividad. El acople de la espontaneidad de la autoconciencia con el entorno se realiza teniendo en cuenta la profunda complejidad de la vida consciente, que se conduce hacia algo, de modo que no meramente es “tener una vida”, sino “conducir una vida”: esto es lo que constituye el núcleo de nuestra autocomprensión. Por eso para Henrich el sentido básico de la libertad está en relación por completo con el tipo de deliberación. Lo que cuenta para los individuos es su orientación básica en la vida, en definitiva, desarrollar un “carácter ético”, dirigirse por normas básicas, tener la habilidad de dar a la vida consistencia, claridad y dirección.

A lo que íbamos, el análisis de sí es lo previo a lo previo, y esta clarificación es la cuestión a resolver. En los sonidos lo previo es el camino hacia la música, la no-música, el momento de la afinación, el des-concierto, el clave mal temperado. Lo demás, el programa, ya se sabe, va de suyo. Ruidos por doquier acompañan al desarrollo de la vida y escuchar algo sobre sí es el reto. Agustín escribió: “Así como el torrente se forma con las aguas de lluvias abundantes, y se desborda, hace ruido, corre, y corriendo se desliza, es decir, completa su curso, así acontece con toda esta corriente de la mortalidad... en medio de su curso, mete ruido y pasa” (*En. in Ps.* 109, 20). Y en *Confessiones* el torrente es la canción: “Y lo que sucede con el canto entero... es lo que sucede con una acción más larga... esto es lo que acontece con la vida total del hombre... y esto lo que ocurre con la vida de la humanidad...” (XI, 38). Un torrente, un canto, no el silencio, no el silencio místico, no al silencio gnóstico ni neoplatónico, que es como un vacío, que se ha colado subrepticamente en las místicas posteriores, incluso en las de mayor belleza literaria. El espíritu se presenta ruidosamente. En el ruido de los tiempos nos reconocemos, nos autoconstituimos. El silencio, sin embargo, es breve, no llega a una hora, “se hizo un silencio en el cielo como de una media hora”, dice el *Apocalipsis* (8,1), como preparación del ruido, trompetas, truenos, terremotos, rugidos, fragores, blasfemias. El silencio no es la tranquilidad y la placidez, sino la preparación del estallido que se avecina. El miedo al ruido, a la disonancia es parejo al miedo a la libertad, como también a lo que por algunos se llama fealdad. El ruido es el estallido del silencio, de la tensión contenida. Por eso nos admira la música de la solitaria de San Petersburgo, Galina Ustwolskaja. Ese es el tema: las variaciones del agua, las variaciones de las sílabas y de las palabras, de los sonidos. Un tema con variaciones, la vida individual e histórica, lo mismo desplegándose en lo otro siendo lo mismo. Variaciones, diferencias decían en castellano antiguo, en Francia *doubles*: variaciones, diferencias, dobleces sobre lo mismo. Como la primera palabra, el tímido, ingenuo tema inicial es sometido a todo tipo de alteraciones, violencias, transformaciones, que lo van alejando y haciendo casi irreconocible, pero al final, como la última palabra, reaparece como era al principio, manifestando en despedida la nunca desaparecida dulzura y bondad inicial. La vida como un torrente o un *canticum*, en cuyo transcurso intentamos reconocernos y sobrevivir. Nos queda la custodia del misterio.

Todo es despedida (“así vivimos nosotros, siempre en despedida” Rilke). Todo se desvanece, la última palabra también, en forma de sílaba, de letra o de infantiles garabatos o palote, balbuceo en fin. El escenario va cambiando, los decorados no se reconocen, las entradas y salidas se han desplazado, el elenco y la utilería son diferentes, algunos protagonistas han desaparecido, el argumento no se entiende, la acción dramática es otra. Y como Tamino alguien exclama: *Wo bin Ich?*, ¿dónde estoy?, la interrogación que llega hasta el Hans Castorp de Thomas Mann: “En dónde nos encontramos? ¿Qué es eso? ¿Dónde nos ha transportado el soñar?” La última palabra ha quedado fuera de contexto, y debe volver al principio. Nos podemos despedir con frases del Próspero de Shakespeare: “Tranquilízate. Nuestro divertimento ha dado fin. Los actores eran espíritus, y se han disuelto en el aire, en el impalpable aire... el inmenso globo, y cuanto en él

habita, se desvanecerá, e igual que se ha esfumado el etéreo espectáculo, no dejará rastro. Estamos hechos de la misma materia que los sueños y nuestra breve vida culmina en un dormir. Me siento afligido. Disculpa mi flaqueza: mi achacoso cerebro está turbado” (*La tempestad*, IV, escena única). La última palabra se difumina y se transforma en lejano susurro ininteligible, en primera palabra.

Antonio Millán-Puelles contaba que un día paseando por los campos de su pueblo Alcalá de Gazules un labriego le preguntó que a qué se dedicaba, él le explicó que estudiaba unas cosas que cuando se las aprendía se las enseñaba a otros, y estos otros cuando se las habían estudiado se las enseñaban a otros y así sucesivamente, a lo que el labriego le respondió: Bueno, si se queda entre ustedes, ni me interesa ni me preocupa. Platón lo corrobora, en medio de los galimatías del *Parménides*, y como excusándose dice: “Todo quedará entre nosotros”. Espero que también lo que he dicho aquí.

Mantengámonos jóvenes, como los griegos, según se lee en el *Timeo*: “los griegos seréis siempre jóvenes... carecéis de conocimientos encanecidos”. ¡Fuera canas de cualquier tipo!

Agradecimientos

Mi gratitud al Decanato y a toda la Facultad por este acto, que en la parte que me corresponde agradezco profundamente, y por el objeto entregado que me servirá de permanente recordatorio.

En 1951 hice el Examen de Estado, ¡qué nombre!, para entrar en esta Universidad. Desde entonces hasta ahora han transcurrido casi 60 años. Casi toda una vida. Casi mi casa. En 1956 di las primeras clases como Ayudante de clases prácticas — comentarios de textos y des-explicación del Millán-. Cobraba 333 pesetas con 33 céntimos. Nunca me pagaron los 33 céntimos; tal vez haga ahora una reclamación con intereses.

Últimamente me ha alegrado ver la foto del Sevilla F.C. ante la portada principal de la Universidad: son mis dos amores que han fundado mis dos aficiones. ¡Al fin, en esa foto veo resuelto el problema de la unión del mundo sensible y del mundo inteligible!

Todo ha cambiado mucho. Cuando entraba el Rector Mota en el Patio de Laraña, los estudiantes nos poníamos de pie. También esta Universidad de hoy está obligada a ser otra cosa.

Quiero pronunciar los nombres de algunas personas de esta Casa filosófica que ya no están entre nosotros y a los que he tenido un gran cariño, Patricio Peñalver, Esperanza Pérez-Hick, Antonio Del Toro, Manolo Pavón, Antonio Fernández Gago, Emilio Díaz Estévez, mi amigo desde estudiantes, y Jesús Arellano, a quien también conocí en 1951. A todos los echo mucho de menos.

Mi agradecimiento a todos los presentes. He pasado y pasaré muy buenos ratos aquí, he aprendido muchísimo de todos vosotros, de vuestros libros y

escritos, de las conversaciones, en especial señalo a la gente de mi Departamento, José Luis Mancha, Gemma de Vicente y a la guapa de María del Mar Caliani.

Estoy muy reconocido a José Luis López y José Villalobos por su acogida en la Facultad, cuando hace años tuve que dejar el ICE. Y a Juan Arana por su insistencia para que formara parte del Departamento de Filosofía y Lógica.

Quiero mencionar a dos personas que he tenido presente durante estos años, Oswaldo Market, el primero que estudió con Arellano en 1947 y que con no muy buena salud está en Lisboa, y Salvador M. Delgado Antolín, que dejó silenciosamente la Facultad por lo que consideró un deber superior y se fue con su familia me parece que a Brasil. Era un buen profesor y buena persona. Ahora tendrá 51 años, no he sabido nada de él.

No puedo dejar de nombrar a Maruja Gallego y a todo el personal de la Biblioteca por lo bien que hacen su trabajo y por tantas facilidades que me han dado siempre.

Y de recordar también en las personas de las familias Blázquez y Ojeda a tantas hermosas personas que me han auxiliado.

Disculpad el tiempo que os he ocupado, en especial a nuestro filosófico Sr. Rector, cuya presencia he agradecido. Aunque la culpa de todo esto la tiene la amabilidad del Decano.